DE BUONAPARTE

Y

DE LOS BORBONES:

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

José Joaquin de Mora.

CON LICENCIA EN CADIZ:

EN LA IMPRENTA DE DON RAMON HOVYE.

1814.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

La produccion que ofrezco al público, es uno de aquellos monumentos históricos que probarán á la posteridad el influxo que el genio exerce en la opinion, y cuan bien se ligan en un alma bien nacida el tacto moral de los sentimientos, con la imaginacion poética, y la firmeza de los principios, con la inspiracion del entusiasmo. En efecto, el inmortal autor del genio del cristianismo, y de los mártires, léjos de doblar la rodilla ante el ídolo, arrostró mas de una vez su cólera, y concibió y executó el pensamiento de recordarle en medio de su prosperidad, la

suerte de los que le precedieron en la carrera de la tirania. He aquí lo que osó estampar en un periódico frances del 23 de junio de 1807 : „Solo el historiador puede pintar los crímenes, sin debilitar su horror. Cuando en el silencio de la abyeccion no se oye resonar sino la cadena del esclavo, ó la voz del delator, cuando todo tiembla delante del tirano, y cuando es tan peligroso obtener su favor como merecer su desgracia; el historiador parece cargado de la venganza de los pueblos. En vano prospera Neron: Tacito ha nacido ya en el imperio. El crece desconocido cerca de las cenizas de Germanico, y ya la integra Providencia ha entregado á un niño obscuro la gloria del dueño del Universo. En breve el autor de los anales quitará el velo que cubre tantas virtudes falsas : en breve hará ver en el tirano divinciado el histrion y el parricida : semejante á los primeros cristianos de Egipto, que despreciando el peligro de sus dias, entraban en los templos de la idolatria, tomaban en el fondo de un santuario tenebroso, la divinidad á quien el miedo y el crimen

ofrecian sus inciensos, y presentaban á la luz del sol, en lugar del Dios, un monstruo horrible.“ Buonaparte conoció el sentido de esta alegoria, y dixo que mataria á sablazos al insolente autor sobre las gradas de su trono; pero Mr. de Chateaubriand, habia declarado en la misma produccion que no dexaba de conocer el riesgo; pero que lo despreciaba. „Si las funciones (dice) de un historiador son tan nobles, á veces son en extremo peligrosas. No basta siempre para pintar las acciones de los hombres tener un alma elevada, una imaginacion fuerte, una inteligencia fina y justa, un corazon piadoso y sincero; se necesita hallar en sì mismo un carácter intrépido, prepararse á todas las desgracias, y haber hecho de antemano el sacrificio del reposo y de la vida. Hay altares, y tal es el del honor, que aunque abandonados, reclaman aun sacrificios: el Dios no está aniquilado, porque el templo esté desierto. Las acciones magnánimas son aquellas que no tienen otro resultado previsto, sino el infortunio y la muerte: y en fin, ¿que importan los reveses, si mi nom-

bre pronunciado en la posteridad hace palpitar un corazon generoso mil años despues de mi vida? En tiempo de Sertorio hubo sin duda almas pusilánimes que tomando su baxeza por la razon, ridiculizaban al ciudadano obscuro, luchando solo contra todo el poder de Syla: por fortuna, la posteridad juzga distintamente de las acciones de los hombres; la vileza y el vicio no son los que pronuncian la última sentencia sobre el valor y la virtud.

DE BUONAPARTE, Y DE LOS BORBONES.

Nó, jamás creeré que estoy escribiendo sobre la tumba de la Francia: no puedo persuadirme, que el dia de la misericordia, esté lejos del de la venganza. El antiguo patrimonio de los reyes cristianísimos no puede dividirse; no perecerá aquel reyno que Roma produxo al espirar en medio de sus ruinas como la última prueba de su grandeza. No son los hombres solos los que han conducido los sucesos de que somos testigos: la mano de la Providencia está visible: Dios mismo marcha á la cabeza de los exércitos, y se sienta en el consejo de los reyes. Sin la intervencion divina ¿podría explicarse la prodigiosa elevacion, y la caida aun mas prodigiosa del que ántes hollaba el mundo con sus pies? No hace quince meses que estaba en Mosckovv, y los rusos estan en París: todo temblaba baxo sus leyes desde las columnas de Hercules hasta el Caucaso; y hoy se vè fugitivo, vagabundo, sin asilo: su poder ha crecido como el fluxo del mar, y como el refluxo ha huido.

¿Como se podrán explicar las faltas de este insensato? Aun no hablamos de sus crímenes.

Nuestra revolucion fué preparada por la corrupcion de nuestras costumbres, y por los extravios de nuestro espíritu. La religion y la moral, se destruyeron en nombre de las leyes: se renunció á la experiencia, y á las costumbres de nuestros padres: rompieronse las tumbas de nuestros abuelos, única base sólida de todo gobierno, para fundar sobre una razon incierta, una sociedad que sin depender de lo pasado, nada ofrecia para el porvenir. Vagando en nuestras propias locuras, perdida toda idea clara de lo justo, y de lo injusto, del bien y del mal, discurrimos las diversas formas del gobierno republicano. Llamamos al populacho para que deliberase en las calles de París, sobre los grandes objetos que el pueblo romano venia á agitar en el Foro, despues de haber dexado las armas, y bañádose en el Tibre. Entónces salieron de sus abrigos todos aquellos reyes medio desnudos, sucios, y embrutecidos por la indigencia, afeados, y mutilados por sus trabajos, sin mas virtud que la insolencia de la miseria, y el orgullo de los trapos. La patria en tales manos se cubrió de llagas muy en breve. ¿Qué nos queda de nuestros furores, y de nuestras quimeras? Crimenes, y cadenas.

Pero á lo ménos: la palabra que entónces parecia guiarnos, era noble. La libertad no debe ser acusada de las maldades que se cometen en su nombre, la verdadera filosofia no es madre de las doctrinas venenosas que los falsos sabios derraman. Alumbrados por la experiencia, conocimos, en fin, que el gobierno

monárquico, era el único que podia convenir á nuestra patria.

Era natural llamar á nuestros príncipes legítimos: pero pensamos que nuestras faltas eran demasiado grandes, para que se nos perdonasen. Echamos en olvido que el corazon de un hijo de S. Luis es un tesoro inagotable de misericordia. Los unos temblaban por su vida; los otros por sus riquezas. Sobre todo costaba mucho al orgullo del hombre, confesar que se habia engañado. ¡Que! ¡Tantas matanzas, tanta destruccion, tanta desventura para volver al punto de donde habiamos salido! Movidas aun las pasiones, las pretensiones de toda clase, no podian renunciar á aquella igualdad quimérica, origen principal de nuestros males. Grandes razones nos excitaban, pequeñas razones nos detuvieron: la felicidad pública fué sacrificada al interés personal, y la justicia à la vanidad.

Fué menester pensar en establecer un gefe supremo que fuese hijo de la revolucion, gefe en quien la ley corrompida en su origen, protegiese la corrupcion, y con ella hiciese alianza. En medio de nuestras discordias se habian formado magistrados ìntegros, firmes y valerosos; capitanes tan célebres por su providad, como por sus talentos; pero no se les ofreció un poder que sus principios les hubiera prohibido aceptar. Ya no se esperaba hallar entre los franceses, una frente que se atreviese á ceñir la corona de Luis XIV. Un extrangero se presentó: fué escogido.

Buonaparte no anunció abiertamente sus proyectos. Su caràcter no se desenvolvió sino por grados. Baxo el título modesto de Consul, acostumbró desde luego á los espíritus independientes á no espantarse del poder que le habian dado. Conciliose el animo de los verdaderos franceses proclamándose restaurador del órden, de las leyes, y de la religion. Engañáronse los mas sábios, y los mas penetrantes. Los republicanos miraban á Buonaparte como su óbra, y como gefe popular de un estado libre. Los realistas creian que hacìa el papel de Monck, y se apresuraban en servirlo. Todo el mundo esperaba en él. Rodeábanlo de gloria, victorias brillantes debidas al valor de los franceses. Entónces se embriagó de prosperidad, y su propension al mal empezó á descubrirse. El porvenir dudará si este hombre ha sido mas culpable por el mal que ha hecho, que por el mal que no ha hecho, y que hubiera podido hacer. Ningun usurpador ha tenido que representar un papel mas fácil, ni mas brillante. Con un poco de moderacion se hubiera establecido á sí, y à su familia, sobre el primer trono del universo. Nadie se lo disputaba. Las generaciones nacidas despues de la revolucion, no conocian á nuestros antiguos soberanos, y no habian visto sino turbaciones, y miserias. La Francia, y la Europa estaban cansadas: todos deseaban el reposo: á qualquier precio se hubiera comprado. Pero Dios no quiso que se diese al mundo un exemplo tan peligroso, ni que un aventurero pudiese turbar el órden

de las sucesiones reales, ni aprovecharse en un solo dia de los despojos, del genio, de la gloria, y del tiempo. A falta de los derechos del nacimiento, un usurpador no puede legitimar sus pretensiones, sino con virtudes: en este caso, Buonaparte no tenia nada en su favor, sino sus talentos militares, igualados, y quizás inferiores á los de muchos de nuestros generales. Ha bastado á la Providencia para perderlo, el dexarlo, y abandonarlo á su propia locura.

Un rey de Francia decia que si la buena fé se desterrase de entre los hombres, deberia encontrarse en el corazon de los reyes: faltóle á Buonaparte sobre todo esta cualidad necesaria en un alma Real. La primera victima conocida de la perfidia del tirano, fué un gefe de los realistas de Normandia. Mr. de Frotté tuvo la noble imprudencia de concurrir á una conferencia en que se le atraxo en fé de una promesa: prendieronlo, y fué pasado por las armas. Poco tiempo despues, Toussaint-l' Ouverture arrebatado por traicion de América, fué degollado en el mismo castillo en que lo encerraron en Europa.

En breve un homicidio mas famoso consternó al mundo civilizado. Creyóse que renacian aquellos tiempos de barbarie de la edad media, aquellas escenas que no se ven ya sino en las novelas, aquellas catástrofes que las guerras civiles de la Italia, y la política de Machiabelo habian hecho familiares mas allá de los Alpes. El extrangero que aun no era rey quiso tener para servirle de escalon al

trono de Francia, el cadáver ensangrentado de un frances. Y, ¡Que frances, Gran Dios! Todo se violó para cometer este crimen: derecho de gentes, justicia, religion, humanidad. Préndese el duque d' Enghien en plena paz, y en un suelo extrangero: arrebátanlo del castillo de Offemburgo. Quando habia salido de Francia, era demasiado joven para conocerla bien: en una silla de posta, y en medio de dos gendarmas, vé como por la primera vez la tierra de su patria, y atraviesa para morir, los campos ilustrados por sus abuelos. Llega en medio de la noche á la torre de Vincenes, al resplandor de las achas, baxo las bóvedas de una prision, el nieto del gran Condé se vé acusado por haber comparecido en el campo de batalla: convencido de este crimen hereditario, al momento se le condena. En vano pretende hablar á Buonaparte: (¡O tierna, y heróica sencillez!) el valeroso joven era uno de los mas grandes admiradores de su asesino: no podia creer que un capitan quisiese asesinar á un soldado. Aun extenuado de hambre, y de fatiga, baxa á los rebellines del castillo; allì encuentra una huesa recientemente abierta; desnúdanlo; pónenle una linterna sobre el pecho, para didirigir con mas acierto el tiro al corazon en medio de las tinieblas. Quiere dar el relox á sus verdugos, y les ruega que trasmitan las ultimas señales de su memoria, á sus amigos: insultanlo con palabras groseras. A la voz *fuego*, el duque d' Enghien cae sin testigos, sin consuelos, en medio de su patria,

á pocas leguas de Chantilly, á pocos pasos de aquellos arboles antiguos, baxo los quales el santo rey Luis hacía justicia á sus vasallos. El jóven, el bello, el bravo, el último descendiente del vencedor de Rocroy, muere como hubiera muerto el gran Condé, y como no morirá su asesino. Entierrase su cuerpo furtivamente, y Bossuet no renacerá para hablar sobre sus cenizas.

El que por medio de un crimen habia dexado de pertenecer á la especie humana, no tenia mas que hacer, sino querer ser superior á la humanidad por sus designios, dar por pretexto de un atentado, razones inaccesibles al vulgo, y hacer pasar un abismo de iniquidad con la profundidad del genio. Buonaparte recurrió á aquella miserable seguridad que á nadie engaña, y que no vale tanto como un simple arrepentimiento: no pudiendo ocultar lo que habia hecho, lo pùblicó.

Quando se oyó publicar en París la sentencia de muerte huvo un movimiento de horror que nadie pudo disimular. Preguntábase con que derecho acababa de derramar un corso la sangre mas bella, y mas pura de la Francia. ¿Creia el, que su familia medio africana podia reemplazar la familia francesa que acababa de extinguir? Los militares sobre todo, se estremecieron. Este nombre de Condé, parecia que les pertenecia como una propiedad, y que representaba para ellos el honor del exército frances. Muchas veces nuestros granaderos habian encontrado en la accion, tres generaciones de he-

roes; el príncipe de Condé, el duque de Borbon, y el duque d' Enghien; pero la espada de un frances no podia agotar aquella noble sangre,. y solo un extraño podia secar su veneno.

Cada nacion tiene sus vicios. Los de los franceses, no son la traicion, la ingratitud. El homicidio del duque d' Enghien; la tortura, y el asesinato de Pichegrú, la guerra de España, y la cautividad del Papa, manifiestan en Buonaparte una naturaleza extrangera á la Francia. A pesar del peso de las cadenas que nos oprimian, sensibles al infortunio, y á la gloria, habiamos llorado al duque d' Enghien, á Pichegrú, á Georges, y á Moreau; habiamos admirado á Zaragoza, y habiamos tributado nuestros homenages á un pontífice cargado de hierros. El que privó de sus estados al sacerdote venerable que le habia puesto la corona en la cabeza, el que en Fontainebleau se atrevió á poner sus propias manos en el soberano pontífice, y á arrastrar por sus cabellos blancos al padre de los fieles, ese creyó quizas lograr una nueva victoria; no sabia que al heredero de J. C. le quedaba el cetro de caña y la corona de espinas, que tarde ó temprano triunfan del malvado.

Es de esperar que venga el tiempo en que los franceses declaren por un acto solemne la menor parte en los crímenes de la tiranía: que el asesinato del duque d' Enghien, la cautividad del Papa, y la guerra de España, son actos impíos, sacrílegos, odiosos, an-

ti-franceses sobre todo y cuya vergüenza no debe recaer sino en el extrangero.

Buonaparte se aprovechó del espanto que derramó entre nosotros el crímen cometido en Vincennes, para dar el último paso, y sentarse en el trono.

Entónces comenzaron las grandes Saturnales de la monarquía: los crímenes, la esclavitud, la tiranía, marcharon de frente con la locura. Toda libertad espira, todo sentimiento honroso, todo pensamiento generoso llegan á ser conspiraciones contra el estado. Si se habla de virtud, se excitan sospechas; alabar una bella accion, es una injuria hecha al príncipe. Las palabras mudan de significacion; un pueblo que combate por sus soberanos legítimos, es un pueblo rebelde; un traidor, es un vasallo fiel; la Francia entera llega á ser el imperio de la mentira: diarios, cuadernos, discursos, prosa, verso, todo disfraza la verdad. Si ha llovido se asegura que ha hecho sol: si el tirano se ha paseado en medio de un pueblo enmudecido, se dice que se adelantó en medio de las aclamaciones de la multitud. El objeto único, es el príncipe; la moral consiste en consagrarse á sus caprichos; el deber en elogiarlo. Es forzoso, sobre todo, gritar con admiracion cuando ha hecho alguna falta, ó cometido algun crimen. A fuerza de amenazas, los literatos se ven en la precision de panegirizar al dèspota. Ellos entraban en composicion, y capitulaban sobre el grado de alabanza que debian tributar: y se creian muy dichosos cuando al pre-

cio de algunos lugares comunes sobre la gloria de las armas, habian comprado el derecho de exâlar algunos suspiros, de denunciar algunos crímenes, ó de recordar algunas verdades proscriptas (*a*). Ningun libro podia salir á luz, sin ser marcado con el elogio de Buonaparte, como con el sello de la esclavitud: en las nuevas ediciones de los autores antiguos, los censores quitaban todo lo que en ellas se hallaba contra los conquistadores; la servidumbre, y la tiranía asi como el directorio habria tenido el designio de corregir en los mismos autores todo lo que hablaba de la monarquía, y de los reyes. Exâminábanse cuidadosamente los almanaques, y la conscripcion formó un artìculo de fé en el catecismo. La misma servidumbre en las artes: Buonaparte envenena los apestados de Jaffa; y un pintor lo representa tocando estos mismos apestados por un exceso de valor y de humanidad. No era así como San Luis curaba los enfermos que una tierna y religiosa confianza, presentaba á sus manos reales. Por lo demas, no se hable de opinion pùblica: la máxîma es, que el soberano debe disponer de ella todas las mañanas. En la policìa perfeccionada por Buonaparte habia una junta encargada de dar la direccion á los espíritus, y á la cabeza de esta junta un director de la opinion pública. La impostura, y el silencio eran los dos medios que se empleaban para mantener al pueblo en el error. Si vuestros hijos mueren en el campo de batalla, ¿ creéis que á lo ménos se os dirá qué ha sido

de ellos? Se callaban los sucesos mas importantes á la patria á la Europa, al mundo entero. Los enemigos estan en Meaux, y no lo sabemos sino por la fuga de las gentes del campo: el público se halla envuelto en tinieblas: sus inquietudes son objetos de burla, y sus dolores de risa: poco importa lo que se diga y lo que se piense. Un espia denuncia al que quiere levantar la voz: un gendarme lo prende; una comision militar lo juzga: quítanle la cabeza y todo se olvida.

No bastaba encadenar los padres: era preciso disponer de los hijos. Se han visto madres correr desde las estremidades del imperio, y venir á reclamar, cubiertas en lágrimas los hijos que el gobierno les habia arrebatado. En las escuelas en que estos se hallaban colocados: se les enseñaba al son del tambor la irreligion, el libertinage, el desprecio de las virtudes domésticas, y la ciega obediencia al soberano. La autoridad paterna que los mas fatales tiranos de la antigüedad, habian respetado, fué tratada por Buonaparte de abuso, y peocupacion. Queria hacer de nuestros hijos unas especies de mamelucos sin Dios, sin familia, sin patria. Parece que este enemigo universal, se propuso destruir la Francia por sus fundamentos. Mas corrupcion ha derramado entre los hombres, mas daño ha hecho á la especie humana en el corto espacio de diez años, que todos los tiranos de de Roma juntos, desde Neron hasta el último perseguidor de los cristianos. Los principios que servian de base á su administracion,

pasaban de su gobierno á las diferentes clases de la sociedad, porque un gobierno perverso introduce el vicio en los pueblos, como un gobierno sábio hace fructificar la virtud. La irreligion, la aficion á los goces, y á los gastos superiores á la hacienda, el desprecio de los lazos morales, el espíritu de aventura, de violencia, y de dominacion, baxaban del trono á las familias. Con algun tiempo de semejante reynado, la Francia entera no hubiera sido otra cosa que una caberna de bandidos.

Se ha ponderado la administracion de Buonaparte; si la administracion consiste en nùmeros, sì, para gobernar bien, basta saber cuanto produce una provincia en trigo, vino, y aceyte, y cual es el último escudo que se puede tomar, ciertamente que Buonaparte era un gran administrador; es imposible organizar con tanto acierto el mal, y poner mas orden en el desorden; pero si la mejor administracion es la que dexa un pueblo en paz, la que nutre en él los sentimientos de justicia y de piedad, la que respeta la sangre de los hombres, los derechos de los ciudadanos, las propiedades, y las familias, el gobierno de Buonaparte, es el peor de los gobiernos.

Y en su propio sistema, ¡cuantas faltas, y cuantos errores! La administracion mas dispendiosa absorbia una parte de las rentas del Estado: exércitos de guardas y recibidores, devoraban los impuestos que recaudaban; el mas pequeño gefe de oficina tenia á sus ordenes cinco ó seis dependientes. Parecia que

Buonaparte habia declarado la guerra al comercio. Si nacia en Francia algun nuevo ramo de industria, se apoderaba de él, y se secaba al punto en sus manos. Habíase constituido el ùnico negociante del Imperio. Combinaciones absurdas, ó mas bien por su ignorancia, y el odio que profesaba á la marina, habia perdido nuestras colonias, y habia aniquilado nuestras escuadras. Construia grandes navios que se podrian en los puertos, ó que él mismo desarmaba para acudir á las necesidades del exército. Cien fragatas esparcidas en todas las mares, hubieran podido hacer daños considerables á los enemigos, formar marineros, y proteger nuestros barcos mercantes. Estas primeras nociones del buen sentido, no entraban siquiera en la cabeza de Buonaparte. No se debe atribuir á sus leyes, el incremento de nuestra agricultura. Débese á la division de las grandes propiedades, y á muchas otras causas producidas por la revolucion. Cada dia este hombre inquieto, y singular, fatigaba con decretos contradictorios, y muchas veces inexecutables á un pueblo que no necesitaba sino de reposo; por la noche violaba la ley que habia hecho en la mañana. En diez años ha devorado quince mil millones de impuestos, lo que es mas que todos los que se erigieron durante los setenta y siete años del reynado de Luis XIV. Mil y quinientos millones de rentas, despojos del mundo entero, no le bastaban: su ocupacion era enchir sus tesoros por los medios mas inicuos. Cada prefecto, sub-prefecto, y corre-

gidor tenia el derecho de aumentar los derechos de entrada en las villas y ciudades, y de pedir á un propietario una suma arbitraria para una supuesta necesidad. La Francia entera estaba entregada al pillage. Las enfermedades, la indigencia, la muerte, la educacion, las artes, las ciencias, todo pagaba un tributo al príncipe. El que tenia un hijo estropeado, sin piernas, incapaz de servir, tenia que dar por la ley de la conscripcion mil y quinientos francos para consuelo de su desgracia. Muchas veces el conscripto enfermo moria antes de haberse presentado al exâmen del capitan de reclutas. Era de suponer que el padre se hallaba entonces exênto de pagar dos mil y quinientos francos de la reforma: nada de eso. Si la declaracion de la enfermedad se habia hecho antes del accidente de la muerte, como el conscripto vivia en el momento de la declaracion, el padre tenia que contar la suma sobre la tumba de su hijo. Si el pobre queria dar alguna educacion á uno de sus hijos, debia pagar ciento y ocho francos á la universidad, y ademas otra suma para ayudar á pagar el sueldo del maestro. Si un autor moderno citaba uno antiguo, como las obras de este último pertenecian á lo que se llamaba el dominio público, el censor erigia cinco sueldos por cada renglon de los citados. Si la cita era traducida, no se pagaban mas que dos sueldos y medio, porque entónces pertenecia al dominio mixto; la mitad pertenecia al trabajo del traductor vivo, y la otra mitad al autor muerto.

Cuando Buonaparte hizo distribuir alimentos á los pobres en el invierno de 1811, se creyó que esta generosidad salia de sus ahorros: creó en esta ocasion un tributo baxo el nombre de centimas adicionales, y ganó cuatro millones con la sopa de los infelices. En fin, lo hemos visto apoderarse de la administracion de los funerales; era digno del destructor de los franceses, imponer un tributo sobre sus cadáveres. Y ¿quien hubiera podido reclamar la proteccion de las leyes puesto que el era el que las hacia? El cuerpo legislativo se atrevió á hablar una vez, y fué disuelto (*b*). Un solo articulo de los nuevos códigos, destruia radicalmente la propiedad. Un administrador de lo que se llamaba el *domaine*, podia decir á qualquiera — „vuestra propiedad es domanial, ó nacional: yo la secuestro provisionalmente: id, y pleitead" Y á quien se recurria en este caso? ¿A los tribunales ordinarios? No: estas causas se reservaban al Consejo de Estado, y agitadas ante el emperador que era juez y parte.

Si la propiedad era incierta, la libertad civil no estaba mas segura. ¿Hay nada mas monstruoso que la comision nombrada para inspeccionar las prisiones, y cuyo informe bastaba para que un hombre pudiera verse encarcelado toda su vida, sin instruccion, sin proceso, sin juicio, puesto en el tormento, pasado por las armas, ó degollado en un calabozo? Y en medio de esto, Buonaparte hacia nombrar todos los años comisiones de la libertad de la prensa, y de la libertad individual: Tiberio

no se burló tanto de la especie humana.

En fin la conscripcion coronaba estas obras del despotismo. La Escandinavia, llamada por un historiador la fabrica del género humano, no hubiera suministrado bastantes hombres à esta ley homicida. El código de la conscripcion, será un monumento eterno del reino de Buonaparte: allí se encuentra reunido todo lo que la tirania mas sutil y mas ingeniosa ha inventado para atormentar y devorar los pueblos: verdaderamente es el código del infierno. Las generaciones de la Francia se sometian á un corto periódico, así como los árboles de un bosque: cada año venian abaxo ochenta mil jóvenes. Pero esto no era mas que la destruccion ordinaria: muchas veces la conscripcion era doble, ó se aumentaba con levas extraordinarias: otras devoraba de antemano las víctimas futuras, como un disipador pide prestado contando con la renta venidera. En fin, ya se tomaba sin contar. La edad legal, las cualidades erigidas para morir en el campo de batalla, no merecian consideracion, y la ley tenia en esta parte una maravillosa indulgencia. El niño y el viejo, el reformado y el reemplazado, entraban en las filas: el hijo de un pobre artesano tres veces rescatado al precio del poco haber de su padre, tenia que ponerse en camino. Las enfermedades, las dolencias, los defectos del cuerpo, no servian de nada. Columnas móviles atravesaban nuestras provincias como si fuera un pais enemigo, para arrebatar á los habitantes sus últimos hijos. Cuando estas destrucciones excitaban algunas

quexas, se respondia, que las columnas móviles se componian de gendarmes buenos mozos, que consolarian á las madres, y les devolverian lo que habian perdido. A falta del hermano ausente, se tomaba el hermano presente. El padre respondia por el hijo, la muger por el marido; la responsabilidad se extendia á los parientes mas remotos, y aun á los vecinos. Una villa era responsable del conscripto que en ella habia nacido. Los soldados se establecian en la casa del agricultor, y lo obligaban á vender su cama para mantenerlos, hasta que hubiese hallado al conscripto oculto en los bosques. Lo absurdo se mezclaba con lo atroz: muchas veces al que habia sido bastante dichoso para no tener posteridad, se le pedian sus hijos: empleábase la violencia para descubrir quien tenia el nombre que solo exîstia en la lista de los gendarmes, ó un conscripto que hacia cinco ó seis años que estaba en el exército. Las mugeres en cinta se han visto en la tortura, para que revelasen el lugar en que se ocultaba el primogénito de sus entrañas: los padres han traido los cadáveres de sus hijos para probar que no podian presentarlos vivos. Quedaban aun algunas familias ricas, cuyos hijos se habian rescatado: algun dia llegarian á ser magistrados, administradores, sábios, propietarios, tan útiles al órden social en un gran pais: el decreto de los guardias de honor los envuelve en la matanza universal. La vida de los hombres, y la Francia, habian caido en tal desprecio, que los conscriptos se llamaban materia primera, y carne

de cañon. Muchas veces se agitaba esta gran cuestion entre los abastecedores de carne humana; es á saber : cuanto tiempo duraba un conscripto : los unos decian que treinta y tres meses, los otros que treinta y seis. El mismo Buonaparte decia : tengo trescientos mil hombres de renta.

En los once años de su reinado ha hecho perecer mas de cinco millones de franceses, lo que sobrepuja al número que nuestras guerras civiles han arrebatado durante tres siglos, en los reinados de Juan, de Cárlos V, de Cárlos VI, de Cárlos VII, de Henrique II, de Francisco II, de Cárlos IX, de Henrique III, y IV; en los últimos doce meses, Buonaparte ha levantado (sin contar la guardia nacional) un millon, trescientos treinta mil hombres, esto es, mas de cien mil hombres mensuales, y ha habido valor para decir que no habia gastado mas que el luxo de la poblacion.

Fácil era de preveer lo que ha sucedido. Todos los hombres prudentes decian que la conscripcion agotando la Francia, la exponia á la invasion al momento que fuera seriamente atacada. Sangrado por el verdugo, este cuerpo exânime, no ha podido hacer mas que una débil resistencia : pero la pérdida de los hombres no era el peor de los males que traia consigo la conscripcion : ella propendia á envolver la Francia y la Europa entera en la barbarie. La conscripcion destruia inevitablemente los oficios, las artes y las letras. Un jóven que debe morir à los diez y ocho años, no puede entregarse á ningun estudio. Las naciones vecinas

obligadas para defenderse á recurrir á los mismos medios, abandonaban las ventajas de la civilizacion: y todos los pueblos, precipitándose unos sobre otros como en el siglo de los vándalos y de los godos, hubieran visto renacer las desgracias de aquellos tiempos. Rompiendo los lazos de la sociedad general, la conscripcion aniquilaba tambien los de la familia. Acostumbrados desde la cuna á mirarse como víctimas consagradas á la muerte, los hijos no obedecian á sus padres, llegaban á ser perezosos, vagabundos, libertinos, miéntras llegaba el dia de pillar y degollar. ¿Cual principio de religion ó de moral, hubiera podido arraigarse en su corazon? Por su parte, los padres y madres, en la clase del pueblo, no daban su afecto, ni su atencion, á unos hijos que en breve perderian, que no eran su riqueza, ni apoyo, y que solo miraban como un objeto de peso y de dolor. De aquí el endurecimiento del alma, el olvido de todos los sentimientos naturales que llevan al egoismo, á la negligencia del bien y del mal, á la indiferencia por la patria: que apagan la conciencia y los remordimientos, que condenan un pueblo á la servidumbre, quitándole el horror del vicio, y la admiracion de la virtud.

Tal era la administracion de Buonaparte en lo interior de la Francia. Exâminemos en lo exterior la marcha de su gobierno, aquella política de que estaba tan orgulloso, y que él definia, *el arte de jugar con los hombres.* Y bien: todo lo ha perdido en este juego abominable, y la Francia ha pagado su pérdida.

Empezando por su sistema continental, este sistema de un loco, ó de un niño, no fue desde luego el motivo real de sus guerras, sino el pretexto. Queria ser el dueño de la tierra, hablando siempre de la libertad de las mares. Y ¿ha hecho lo que era preciso para establecer este sistema insensato? Las mismas faltas por las cuales él mismo frustró sus proyectos sobre la España y la Rusia, son las que le han impedido el cerrar los puertos del Mediterraneo y del Báltico. ¿No ha dado todas las colonias del mundo á los ingleses? ¿No les ha abierto *en el Perú, en México, en el Brasil,* un mercado mas considerable que el que pretendia cerrarles en Europa? Esto es tan cierto que la guerra ha enriquecido el pueblo que él queria arruinar. La Europa no emplea mas que algunas superfluidades inglesas; las naciones europeas hallan en sus propias manufacturas lo que basta á sus necesidades principales. En América, por el contrario, los pueblos necesitan de todo, y diez millones de americanos consumen mas mercancias que treinta millones de europeos. No hablo de la importacion del dinero de México á la India, ni del monopolio del cacao, la quina, la grana y otros mil objetos de especulacion que han llegado á ser para los ingleses una nueva fuente de riquezas. Y aun cuando Buonaparte hubiera conseguido cerrar los puertos de la España y del Báltico, era tambien forzoso cerrar los de la Grecia, de Constantinopla, la Siria, la Berbéria; era comprometerse en la conquista del mundo. Mièntras que él hubiera

intentado nuevas conquistas, los pueblos ya sometidos, no pudiendo traficar con los productos de su suelo, y de su industria, hubieran sacudido el yugo, y abierto sus puertos. Todo esto no presenta mas que miras falsas, empresas pequeñas á fuerza de ser gigantescas, falta de razon y de juicio, delirios de un loco furioso.

En cuanto á sus guerras y á su conducta con los gabinetes de Europa, el menor exámen desbarata su prestigio. Un hombre no es grande por lo que emprende, sino por lo que executa. Todo hombre puede soñar en la conquista del mundo: solo Alexandro la realiza. Buonaparte gobernaba la España, como una provincia, chupando de ella la sangre y el oro. Esto no le basta: quiere tambien reinar personalmente en el trono de Cárlos IV. ¿Que hace entónces? Con la mas negra política, siembra desde luego los germenes de la division en la familia real: despues la arrebata menospreciando todas las leyes divinas y humanas: invade repentinamente el territorio de un pueblo fiel, que habia combatido por él en Trafalgar. Insulta el genio de este pueblo, mata sus sacerdotes, hiere el orgullo castellano, subleva contra sí mismo los descendientes del Cid, y del gran capitan. Al punto Zaragoza celebra la misa de su funeral, y se sepulta en sus ruinas: los cristianos de Pelayo baxan de las Asturias, el nuevo moro es arrojado. Esta guerra reanima en Europa el espíritu de los pueblos, da á la Francia una frontera mas que defender, crea á los ingleses un exército, los

trae despues de cuatro siglos á los campos de Poitiers, y les entrega los tesoros de Mèxico. (c).

Si en lugar de recurrir á estas tretas dignas de Borgia, Buonaparte, por una política siempre criminal; pero mas hábil, hubiera declarado la guerra al rey de España, baxo cualquier pretexto, si hubiera acariciado la fiereza española, probablemente hubiera tenido otro éxito. Yo no quiero los españoles sino la España, decia en medio de su furor. Y bien esta tierra lo ha echado de sí; el incendio de Bùrgos ha producido el incendio de Moskow, y la conquista de la Alhambra ha traido los rusos al Louvre. ¡Grande y terrible leccion!

La misma falta cometió en Rusia: si en el mes de octubre de 1812 se hubiera detenido en las orillas del Duna, si se hubiera limitado á tomar á Riga, acantonarse durante el invierno con sus seiscientos mil hombres, á organizar tras de sí la Polonia, á la vuelta de la primavera quizas hubiera puesto en peligro el imperio de los Czares. En lugar de esto, marcha á Moskow por un solo camino, sin almacenes, sin recursos: llega: los vencedores de Pultava queman la ciudad santa. Buonaparte se duerme durante un mes en medio de ruinas y cenizas. Parece que olvida la vuelta de las estaciones y el rigor del clima: se dexa divertir con proposiciones de paz; desconoce tanto el corazon humano, que piensa que los pueblos que han quemado su propia capital, à fin de huir de la esclavitud, van



á hacer tratados sobre las ruinas humeantes de sus casas. Sus generales le gritan que es tiempo de retirarse. Sale jurando, como un muchacho furioso, que en breve aparecerá con un exército cuya sola vanguardia se compondrá de trescientos mil soldados. Dios envia un soplo de su cólera; todo perece: y no vuelve mas que un hombre.

Absurdo en administracion, criminal en polìtica ¿que tenia este extrangero para seducir á los franceses? La gloria militar. Pues bien: ya está despojado de ella. Es cierto que es un gran ganador de batallas; pero fuera de esto, cualquier general es mas hábil que él. Nada sabe de retiradas, ni del conocimiento del terreno: es impaciente, incapaz de esperar largo tiempo un resultado fruto de una larga combinacion militar: no sabe mas que ir adelante, correr, lograr victorias á *golpes de hombres* como algunos han dicho, sacrificar todo por lograr un buen éxîto, sin cuidarse de los reveses, y matar la mitad de sus soldados en marchas superiores á las fuerzas humanas: poco importa: ¿no tiene la conscripcion y la *materia primera*? Se creia que habia perfeccionado el arte de la guerra, y es cierto que lo ha hecho retrogradar á su infancia. La obra maestra del arte de la guerra en los pueblos civilizados, es defender un gran pais con un exército pequeño; dexar tranquilos muchos millares de hombres detras de sesenta ú ochenta mil soldados, de suerte que el labrador que cultiva en paz sus surcos, sabe apénas que la guerra está á algunas leguas de su choza. El imperio roma-

no estaba guardado por ciento cincuenta mil hombres, y Cesar no tenia mas que algunas legiones en Farsalia. Defiendanos hoy en nuestros hogares ese vencedor del mundo. ¡Que! ¿Todo su genio lo ha abandonado de repente? Esta Francia que Luis catorce habia circundado de fortalezas, y que Vauban habia cercado como un jardin ¿por que especie de encanto se ve invadida por donde quiera? ¿en donde están las guarniciones de nuestras plazas fronterizas? No las hay. ¿En donde los cañones de sus murallas? Todo está desarmado, hasta los navios de Brest, de Tolon y de Rochefort. Si Buonaparte hubiera querido entregarnos sin defensa á las potencias coalisadas, si nos hubiera vendido, si hubiera conspirado secretamente contra los franceses, ¿hubiera obrado de otro modo? En ménos de diez y seis meses, doscientos millones de numerario, un millon, y cuatrocientos mil hombres, todo lo material de nuestros exércitos y plazas, há quedado sepultado en los bosques de la Alemania, y en los desiertos de la Rusia. En Dresde, Buonaparte comete faltas sobre faltas, olvidando que si los crimenes no se castigan algunas veces sino en el otro mundo, las faltas se castigan siempre en este. Descubre la ignorancia mas incomprehensible de lo que pasa en los otros gabinetes, se obstina en quedarse junto al Elba, se vé vencido en Leipsick, y rehusa la paz honrosa que se le propone. Lleno de rabia y desesperacion, sale por última vez del palacio de nuestros reyes, va á quemar por un espíritu de injusticia é ingra-

titud el pueblo en que estos mismos reyes tuvieron la desgracia de mantenerlo, no opone á los enemigos sino una actividad sin plan, experimenta el último reves, huye otra vez, y liberta en fin la capital del mundo civilizado, de su odiosa presencia.

La pluma de un frances se niega á pintar los horrores de sus campos de batalla: un hombre herido es un peso para Buonaparte: tanto mejor si muere; es un estorvo ménos. Montones de soldados mutilados, confusamente mezclados en un rincon, permanecen sin auxîlio dias y semanas enteras: no hay hospitales tan vastos que puedan contener los enfermos de un exército de ochocientos mil hombres, ni bastantes cirujanos para su asistencia. El verdugo de los franceses no toma ninguna precaucion en favor de ellos: ni botica, ni ambulancia, y á veces ni aun instrumentos para cortar los miembros rotos. En la campaña de Moskow, los heridos se curaban con heno por falta de hilas: faltó el heno, y perdieron la vida. Viéronse vagar seiscientos mil guerreros, vencedores de la Europa, gloria de la Francia: viéronse vagar entre las nieves y los desiertos, apoyándose sobre ramas de pinos, porque ni aun tenian fuerza para llevar sus armas, y cubiertos de la piel sangrienta de los caballos que les habian servido de alimento. Capitanes viejos con los cabellos y las barbas erizados por el yelo se humillaban hasta acariciar al soldado que conservaba algo que comer, á fin de obtener una mezquina parte. ¡Tanto experimentaban los horrores del ham-

bre! Escuadrones enteros, hombres y caballos se helaban por la noche, y por la mañana se veian en pie estos fantasmas en medio de la intemperie. Los únicos testigos de estas miserias, eran las bandas de cuervos, ó los rebaños de lebreles blancos, medio salvages, que seguian el exército para devorar sus restos. El emperador de Rusia ha mandado buscar los muertos en la primavera: se han hallado mas de ciento sesenta mil cadáveres: veinte y cuatro mil se han quemado en una sola hoguera. La peste militar que habia desaparecido desde que la guerra no se hacia sino con un pequeño número de hombres, ha vuelto á parecer con la conscripcion, con los exércitos de un millon de soldados, y con las olas de sangre humana. ¿Y que hacia el destructor de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros hijos cuando arrancaba la flor de la Francia? Huia: venia á las Tullerias á decir restregándose las manos en el rincon del fuego: mejor tiempo hace aquí que en las orillas de la Beresina. Ni una sola palabra de consuelo á las esposas, á las madres afligidas que lo rodeaban, ni un movimiento de ternura, ni un remordimiento, ni una sola confesion de su locura. Los tigelinos decian: „Lo mas dichoso de la retirada es, qué de nada ha carecido el emperador: ha comido bien, ha venido metido en un buen coche: en fin, nada ha sufrido, y es un consuelo." Y él en medio de su corte parecia alegre, triunfante, glorioso, adornado del manto real, y la cabeza cubierta con el sombrero á lo Henrique cuarto: mostràbase

brillante sobre un trono, repitiendo las actitudes reales que Talma le habia enseñado; pero esta pompa no servia sino para hacerlo mas horrible; todos los diamantes de la corona no podian ocultar la sangre de que estaba cubierto.

¡Ah! este horror de los campos de batalla se ha acercado á nosotros: ya no está oculta en los desiertos: en el seno de nuestros hogares la vemos, en este Paris que los normandos sitiaron en valde hace cerca de mil años, y que se ensobervecia de no haber tenido otro vencedor sino Clovis que llegó á ser su rey. Entregar un pais á la invasion ¿no es el mayor y el mas imperdonable de los crímenes? Hemos visto con nuestros ojos perecer el resto de nuestras generaciones: hemos visto rebaños de conscriptos, multitud de soldados pálidos y desfigurados, apoyarse en las paredes, muriendo de toda especie de miseria, teniendo apénas en una mano el arma con que habian defendido la patria, y pidiendo limosna con la otra: hemos visto la Sena cargada de barcas, y los caminos de carros llenos de heridos que no tenian una benda sobre sus llagas. Uno de estos carros que la gente seguia por las trazas de sangre, se rompió en un baluarte de Paris. Cayeron de él conscriptos sin brazos, sin piernas, atravesados de balas, de lanzasos, dando gritos, y rogando à los que pasaban que los rematasen. Estos infelices arrebatados de sus chozas antes de llegar á la edad de hombres, conducidos con sus gorros y sus trages campestres al campo de batalla, puestos como

carne de cañon en los sitios mas peligrosos para agotar el fuego enemigo; estos desventurados, digo, se ponían á llorar, y gritaban, al caer heridos por las balas: ¡ah madre mia! ¡madre mia! grito destrozador que anuncia la edad tierna del niño arrancado por la vispera á la paz doméstica, del niño caido de repente de las manos maternas, en las de su bárbaro soberano: ¿y por quien tantas matanzas, tantos dolores? por un tirano abominable, por un extrangero que no es tan pródigo de la sangre francesa, sino porque en sus venas no hay una sola gota de esta sangre. (*d*)

¡Ah! cuando Luis XVI rehusaba castigar algunos culpables cuya muerte le hubiera asegurado el trono, ahorrándonos tantas desventuras, cuando decia: „yo no quiero comprar mi seguridad al precio de la vida de un solo vasallo", cuando escribia en su testamento „recomiendo á mi hijo si tiene la desgracia de llegar á ser rey, que se acuerde que se debe enteramente á la felicidad de sus conciudadanos, que debe olvidar todo odio, todo resentimiento, y mas que todo lo que dice relacion con las desgracias y penas que ahora experimento: que no puede hacer la felicidad de los pueblos, sino reinando segun las leyes." Cuando pronunció sobre el cadalso estas palabras: „Franceses, ruego á Dios que no vengue en la nacion, la sangre que se va á derramar": he aquí el rey verdadero, el rey frances, el rey legítimo, el padre y el gefe de la patria.

Buonaparte se ha mostrado demasiado mediano en el infortunio, para creer que su pros-

peridad fuese obra de su genio: no es mas que el hijo de nuestro poder, y lo hemos creido hijo de sus obras. Su grandeza no procede sino de las fuerzas inmensas que pusimos entre sus manos, cuando su elevacion. Heredó todos los exércitos formados por nuestros buenos generales, conducidos tantas veces á la victoria por todos aquellos grandes capitanes que perecieron, y perecerán quizas hasta el último, víctimas de los furores y de los zelos del tirano. Halló un pueblo numeroso, engrandecido por sus conquistas, exâltado por sus triunfos y por el movimiento que dan siempre las revoluciones: no tenia mas que dar con el pie en la tierra fecunda de nuestra patria, y ella le prodigaba tesoros y soldados. Los pueblos que atacaba, estaban cansados y desunidos; venciólos sucesivamente, derramando sobre cada uno de ellos, las olas de la poblacion de la Francia.

Cuando Dios envia sobre la tierra los executores de los castigos celestes, todo se allana ante ellos, y con medianos talentos, tienen éxîtos extraordinarios. Nacidos en medio de las discordias civiles, estos exterminadores sacan sus fuerzas principales de los males que los han producido y del terror que inspira la memõria de estos males: asì obtienen la sumision del pueblo, en nombre de las calamidades de que han salido. Corrompen y envilecen, aniquilan el honor, degradan las almas, manchan lo que tocan, todo lo quieren y á todo se atreven, reinan por la mentira, la impiedad y el espanto, hablan todas las lenguas, facinan todos los ojos, engañan hasta la razon, pasan por genios vas-

tos cuando no son mas que malvados comunes, porque la excelencia en todo, es inseparable de la virtud : arrastrando tras sí las naciones seducidas, triunfando por la muchedumbre, deshonrados por cien victorias, la tea en la mano, los pies en la sangre, van hasta el cabo del mundo como hombres ebrios, aguijoneados por el Dios que desconocen. (*e*)

Por el contrario, cuando la Providencia quiere salvar un imperio, y no castigarlo, cuando emplea sus servidores y no sus azotes, cuando destina á los hombres de que se sirve una gloria honrosa y no una abominable celebridad, léjos de presentarles un camino fácil como à Buonaparte, les opone obstáculos dignos de sus virtudes. Así es como se puede distinguir el tirano del libertador, el asolador del gran capitan, el hombre enviado para destruir del hombre venido para reparar. Aquel es dueño de todo, y para lograr sus designios, se sirve de medios inmensos; este no es dueño de nada, y no tiene en sus manos sino débiles recursos : fácil es de conocer en los primeros rasgos el carácter y el papel del desvastador de los franceses.

Buonaparte es un falso gran hombre : la magnanimidad que hace los héroes y los verdaderos reyes, le falta; de aquí viene que no se cita de él una sola de aquellas expresiones propias de Alexandro, de Cesar, de Henrique IV y de Luis XIV. La naturaleza lo formó sin entrañas. Su vasta cabeza es el imperio de las tinieblas y de la confusion. Todas las ideas entran en ella; aun las del bien; pero

al punto salen. El rasgo distintivo de su carácter es una obstinacion invencible, una voluntad de hierro; pero solo en favor de la injusticia, de la opresion, de los sistemas extravagantes, porque abandona facilmente los proyectos que pudieran ser favorables á la moral, al orden y á la virtud. La imaginacion lo domina y la razon no lo arregla. Sus designios no son fruto de la profundidad, ni del raciocinio, sino el efecto de un movimiento súbito y de una resolucion repentina. Móvil como los hombres de su pais, tiene algo de histrion y de cómico: todo lo representa, hasta las pasiones que no tiene: siempre está en un teatro: en el Cairo es un renegado que se jacta de haber destruido el catolicismo, en Paris, el restaurador de la religion cristiana; ya es un inspirado, ya un filósofo. Sus escenas están preparadas de antemano. Ya sabemos como juzgará la posteridad á un soberano que ha tomado lecciones de Talma á fin de comparecer en una postura real. Quiere parecer original, y no es casi nunca mas que imitador; pero sus imitaciones son tan groseras, que al instante recuerdan la accion ó el objeto que copia. Trata siempre de decir lo que presume que es una gran expresion y de hacer lo que juzga una gran cosa. Afectando la universalidad del genio, habla de rentas y de expectáculos, de guerra y de modas, decide la suerte de los reyes, y la de un pobre dependiente, expide en el Kremlin un reglamento sobre teatros, y el dia de una batalla manda prender unas mugeres en Paris. Hijo de nues-

tra revolucion, tiene las mayores semejanzas con su madre: destemplanza en el lenguage, aficion á la baxa literatura, pasion de escribir en los diarios. Baxo la máscara de Cesar se descubre la pequeñez del hombre y de su familia. Desprecia soberanamente los hombres, porque los juzga por sí mismo. Su máxîma es que no hacen nada sino por interes, y que la probidad no es mas que un cálculo. De aquí el sistema de *fusion* base de su gobierno, sistema que emplea igualmente al malo y al bueno, que mezcla á propósito el vicio y la virtud, que cuida siempre de colocar al hombre en oposicion con sus principios. Su mayor placer era deshonrar la virtud y manchar las reputaciones. No tocaba sino para marchitar; cuando habia hecho caer á alguno, este era su hombre, segun su expresion, y le pertenecia por derecho de vergüenza: desde entónces lo amaba algo ménos; pero lo despreciaba mucho mas. En su administracion, no queria conocer sino los resultados, sin cuidarse de los recursos. Las *masas* debian ser todo: las individualidades, nada. „Esta juventud será corrompida; pero obedecerá mejor: este ramo de industria se extinguirá; pero obtendré al momento muchos millones: perecerán sesenta mil hombres en esta accion; pero yo ganaré la batalla." Tales eran sus raciocinios, y he aquì como se aniquilan los reynos.

Nacido para destruir, Buonaparte lleva el mal en su seno, tan naturalmente como una madre lleva su fruto con gozo y orgullo. La felicidad de los hombres lo horroriza. Un dia

dixo: „Todavia hay algunas personas felices en Francia; familias que no me conocen, que viven en una quinta con treinta ó cuarenta mil pesetas de renta; pero yo las alcanzaré", y ha cumplido su palabra. Un dia viendo jugar á su hijo, dixo á un obispo que estaba presente: Señor obispo ¿creeis que eso tiene alma? Todo lo que se distingue por alguna superioridad, espanta al tirano. Envidia los talentos, el ingenio, la virtud: el ruido de un gran crímen no le gustaria, si este crímen no fuera su obra. Su gran gusto es zaherir á los que lo rodean, olvidando que nuestros reyes no insultaban jamas, porque con ellos no hay venganza, olvidando tambien que habla á la nacion mas delicada sobre el honor, á un pueblo formado por la corte de Luis XIV, pueblo afamado por la elegancia de sus costumbres, y la flor de su cortesia. En fin, Buonaparte era el hombre de la prosperidad: al punto que la adversidad que es la que hace lucir las virtudes, ha tocado al falso gran hombre, el prodigio se ha disipado: en el monarca, se ha visto el aventurero, y en el héroe, el advenedizo á la gloria.

Cuando Buonaparte arrojó al Directorio, le dirigió este discurso: „¿Que habeis hecho de la Francia que os he dexado tan brillante? Yo os he dexado la paz y hallo la guerra: os he dexado victorias, y encuentro reveses: os he dexado los millones de Italia, y veo por todas partes leyes despojadoras y miseria. ¿Que habeis hecho de cien mil soldados que yo conocia, compañeros todos de mi gloria? han

perecido. Este estado de cosas no puede durar; antes de tres años nos conduciria al despotismo; pero nosotros queremos la república ect."

Hombre de desventuras, hoy te dirigimos tus palabras mismas. Dí ¿que has hecho de esta Francia tan brillante? ¿Adonde están nuestros tesoros, los millones de la Italia y de la Europa entera? ¿Que has hecho, no de cien mil hombres, sino de cinco millones de hombres que todos conociamos, que eran nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hermanos? Este estado de cosas no puede durar, pues ya nos ha vuelto en el mas fatal despotismo. Tú querias la repùblica y nos has traido la esclavitud. Nosotros queremos una monarquia que estrive sobre las bases de la igualdad de derechos, de la moral, de la libertad civil, de la tolerancia política y religiosa. ¿Nos has dado esta monarquia? ¿Que has hecho por nosotros? ¿Que debemos á tu reynado? ¿Quien ha asesinado al duque d' Enghien, quien ha atormentado á Pichegrù, quien ha desterrado á Moreau, quien ha cargado de cadenas al soberano Pontífice, quien ha arrebatado los príncipes de España, quien ha empezado una guerra impia? Tù. ¿Quien se ha propuesto perder nuestras colonias, aniquilar nuestro comercio, abrir la América á los ingleses, corromper nuestras costumbres, despojar los padres de sus hijos, desolar las familias, destruir el mundo, quemar mas de mil leguas de terreno, inspirar el horror del nombre frances à toda la tierra? Tú. ¿Quien es el que ha expuesto la Francia á la peste, à la invasion, al des-

membramiento y à la conquista? Tú. He aquí lo que tú no has podido preguntar al Directorio, y lo que nosotros te preguntamos hoy. ¡Cuánto mas culpable eres que aquellos hombres que no hallabas dignos de reinar? Un rey legítimo y hereditario que hubiera oprimido su pueblo con la menor parte de los males que nos has hecho, hubiera puesto su trono en peligro: y tú, usurpador y extrangero ¿serias sagrado en razon de las calamidades que has derramado sobre nosotros? ¿reinarias aun en medio de nuestras tumbas? La desgracia nos restituye nuestros derechos; no queremos ya adorar á Moloch; no devorarás mas nuestros hijos: no queremos ni tu conscripcion, ni tu policía, ni tu censura, ni tus arcabuzeos nocturnos, ni tu tirania. No somos solos los que te acusamos, sino el género humano. El nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral y de la libertad. ¿Adonde no has derramado la desolacion? ¿En que rincon del mundo hay una familia obscura, que haya escapado de tus destrucciones? El español en sus montañas, el iliriano en sus valles, el italiano en su hermoso clima, el aleman, el ruso, el prusiano en sus ciudades reducidas á ceniza, te piden sus hijos que has degollado, la tienda, la cabaña, la quinta, el templo á que pusistes fuego. Tù los has obligado á venir á buscar entre nosotros, lo que les has arrancado, y á reconocer en tus palacios sus sangrientos despojos. La voz del mundo te declara el mayor culpable que ha exîstido jamas sobre la tierra: porque no has

derramado estos males en medio de pueblos bárbaros, ni de naciones degeneradas, sino que en medio de la civilizacion, en un siglo de luces, has querido reinar con el acero de Atila y las máximas de Neron. Dexa en fin, ese cetro de hierro, baxa de ese monton de ruinas con que has querido formar un trono; nosotros te arrojamos como tú arrojastes el Directorio. Anda: ojalá por todo castigo seas testigo del gozo que causa tu caida á la Francia, y contemples derramando lágrimas de rabia el espectáculo de la felicidad pública.

Tales son las palabras que dirigimos al extrangero. Pero si echamos á Buonaparte ¿quien lo reemplazará? el rey.

DE LOS BORBONES.

Las funciones inseparables de este título son tan conocidas por los franceses, que no tienen necesidad de explicacion: el rey les representa la idea de la autoridad legitima, del orden, de la paz, de la libertad legal y monarquica. Los recuerdos de la vieja Francia, la religion, los usos antiguos, las costumbres domésticas, los hábitos de nuestra infancia, la cuna, el sepulcro, todo se reune en esta palabra sagrada: á nadie asusta; al contrario, á todos tranquiliza. El rey, el magistrado, el padre, un frances confunde estas ideas. No sabe lo que es un emperador; no conoce la naturaleza la forma, el lìmite de este título extrangero. Pero sabe lo que es un monarca descendiente de San Luis y de Henrique IV: un gefe cuyo poder paternal está regulado por instituciones, modificado por las costumbres, dulcificado y perfeccionado por el tiempo, como un vino generoso nacido en la tierra de la patria, y madurado por el sol de la Francia. Desengañémonos. No habrá reposo, ni dicha, ni felicidad, ni estabilidad en nuestras leyes, en nuestras opiniones, en nuestras haciendas, sino cuando se restablezca sobre el trono la casa

de Borbon. Cierto que la antiguedad mas reconocida que nosotros no hubiera dexado de llamar divina á una extirpe que empezando en un rey bravo y prudente, y acabando en un mártir, ha contado en el espacio de nueve siglos, cuarenta y tres monarcas, no se halla mas que un solo tirano. Exemplo único en la historia del mundo y eterno motivo de orgullo para nuestra patria. La probidad y el honor estaban sentadas en el trono de Francia, como en los otros la fuerza y la política. La sangre noble y suave de los Capetos, no se reposaba de producir héroes, sino para darnos reyes hombres de bien. Los unos fueron llamados sábios, buenos, justos, bien amados, los otros grandes, augustos, padres de las letras y de la patria. Algunos tuvieron pasiones espiadas por desventuras; pero ninguno espantó al mundo con los vicios que pesan sobre la memoria de los Cesares, y que Buonaparte ha reproducido.

Los Borbones, última rama de este árbol sacro, han visto caer á su primer rey baxo el puñal del fanático, y al último baxo el hacha del ateo. Desde Roberto, sexto hijo de S. Luis, del que descienden, ninguna otra gloria les ha faltado durante tantos siglos, sino la de la adversidad y la han obtenido magnificamente. ¿Qué tenemos que echarles en cara? El nombre de Henrique IV hace palpitar los corazones franceses, y llena nuestros ojos de lágrimas; á Luis XIV debemos la mayor parte de nuestra gloria. ¿No hemos llamado á Luis XVI el hombre mas de bien de su rey-

no? ¿Porque lo hemos muerto, desechamos su sangre? ¿Porque hemos hecho morir su hermana, su muger y su hijo, rechazamos su familia? Esta familia llora en el destierro no sus desgracias y sí las nuestras. Esta princesa que hemos perseguido, huérfana por nosotros, echa ménos todos los dias en los palacios extrangeros las prisiones de la Francia. Ella podia recibir la mano de un príncipe poderoso y glorioso, mas prefirió unir su destino al de su primo, pobre, desterrado, proscripto, porque era frances, y por no separar sus desgracias de las de su familia. El mundo entero admira sus virtudes: los pueblos de Europa la siguen cuando comparece en los paseos públicos, colmándola de bendiciones, y ¡nosotros hemos podido olvidarla! Cuando dexó á su patria en que habia sido tan infeliz, volvió atras los ojos y lloró. Objetos constantes de sus ruegos y de su amor, nosotros sabemos apénas que exîste. Conozco, dice algunas veces, que no tendré hijos sino en Francia, expresion que deberia hacernos caer á sus pies y arrancarnos los sollozos del arrepentimiento. Sí: la duquesa de Angulema será fecunda en el suelo fecundo de la patria. Esta tierra produce naturalmente los lirios, y ellos renacerán mas hermosos regados con la sangre de tanta víctima ofrecida en espiacion al pie del cadalso de Luis y de Maria Antonia.

Luis XVIII, que es el primero que debe reinar sobre nosotros, es un príncipe conocido por sus luces, inaccesible à las preocupaciones y enemigo de la venganza. De todos los so-

beranos que pueden gobernar ahora la Fran-
cia, él es quizas el que mas conviene á nues-
tra posicion y al espíritu del siglo : así como
de todos los hombres que podemos escoger,
Buonaparte era el ménos digno de ser rey.
Las instituciones de los pueblos son obra del
tiempo y de la experiencia; para reinar se ne-
cesita mas que todo razon y uniformidad. Un
príncipe que solo tendria en su cabeza dos ó
tres ideas comunes, pero utiles, seria mas con-
veniente á una nacion que un aventurero ex-
traordinario, imaginando sin cesar nuevos pla-
nes y nuevas leyes, no creyendo reinar sino
cuando trabaja en turbar los pueblos, en mu-
dar, en destruir por la noche lo que ha crea-
do por la mañana. No solo Luis XVIII tie-
ne aquellas ideas fixas, aquella moderacion,
aquel buen sentido tan necesarios á un monar-
ca, sino que es un prìncipe amigo de las le-
tras, instruido y elocuente, como muchos de
nuestros reyes, de un espìritu vasto, de un ca-
rácter firme y filosófico.

Escojamos entre Buonaparte que vuelve á
nosotros con el código sangriento de la cons-
cripcion y Luis XVIII que se acerca á cer-
rar nuestras heridas, trayendo en la mano el
testamento de Luis XVI. El repetirá estas pa-
labras escritas por su virtuoso hermano: „Per-
dono de todo corazon á los que se han hecho
mis enemigos, sin que yo les haya dado mo-
tivo, y ruego á Dios que los perdone."

El conde de Artois, cuyo carácter es tan
franco, tan leal, tan frances, se distingue hoy
por su piedad, su dulzura y su bondad, co-

mo lo hacia en su primera juventud por su gallardia y sus gracias reales. Buonaparte fue abatido por la mano de Dios; pero no corregido por la adversidad: á medida que retrocede en el pais que se escapa de su tirania, arrastra en su pos, víctimas desgraciadas cargadas de yerros: en las últimas prisiones de Francia es donde exerce los últimos actos de su poder. El conde de Artois llega solo, sin soldados, sin apoyo, desconocido por los franceses á quienes se descubre. Apénas ha pronunciado su nombre, cuando el pueblo cae de rodillas, besa su vestido y grita derramando un torrente de lágrimas: „no os traemos sino nuestros corazones: el monstruo no nos ha dexado mas." En este modo de abandonar la Francia, en este modo de entrar en ella, conózcase por una parte el usurpador, por otra el príncipe legítimo.

El duque de Angulema ha parecido en otra de nuestras provincias; Burdeos, segunda ciudad del reino, se ha puesto baxo su proteccion, y la patria de Henrique IV ha reconocido con alegria el heredero de las virtudes del bearnés. Nuestros exércitos no han visto un caballero mas bravo que el duque de Berri; el duque de Orleans prueba por su noble fidelidad á la sangre de su rey que su nombre es uno de los mas bellos de la Francia: yo he hablado ya de tres generaciones de héroes, el príncipe de Condé, el duque Borbon; Buonaparte nombrará el tercero.

Yo no se si la posteridad podrá creer que tantos príncipes de la casa de Borbon, hayan

sido proscriptos por un pueblo que les debe toda su gloria, sin haber cometido ningun crimen, y sin que su desgracia haya provenido de la tiranía del último rey de su estirpe: no, los siglos futuros no podrán creer que hayamos desterrado unos prìncipes tan buenos, compatriótas nuestros, para someternos á un extrangero, el mas malvado de todos los hombres. Hasta cierto punto, es fácil imaginarse una república en Francia; un pueblo es un momento de locura, puede aspirar á mudar la forma de su gobierno, y no reconocer el gefe supremo; pero si volvemos á la monarquìa, no hay nada mas absurdo, ni mas vengonzoso que el quererla sin el soberano legìtimo, ni creer que sin el pueda exîstir. Modifiquese si se quiere la Constitucion de esta monarquía; pero ninguno tiene derecho para mudar el monarca. Puede suceder que un rey cruel, tirano, que viola todas las leyes, que priva todo un pueblo de sus libertades, sea depuesto por efecto de una violenta revolucion; pero en este caso extraordinario, la corona pasa á su hijo, ó á su heredero mas próxîmo. Ahora bien: ¿Luis XVI ha sido un tirano? ¿Podémos condenar su memoria? ¿En virtud de que autoridad privarémos á su familia de un trono que le pertenece por tantos títulos? ¿Por qué vergonzoso capricho, hemos dado al hijo de un alguacil de Ayaccio la herencia de Roberto el fuerte? Este descendia probablemente de la segunda raza, y esta se ligaba con la primera. Era conde de París. Hugo Capeto dió à los

franceses París que era su heredad paterna, y ademas, bienes y dominios inmensos. La Francia, tan pequeña en tiempo de los primeros Capetos, se enriquecio, y creció con sus descendientes. Para reemplazar esta antigua raza, hemos ido á buscar un rey, (como lo ha dicho un senador) en un pueblo donde los romanos no querian tomar esclavos. En favor de un italiano obscuro, cuya fortuna hemos hecho despojando á todos los franceses) echamos por tierra la ley sálica, *palladium* de nuestro imperio. ¡Cuanto deferian de nosotros nuestros padres, en máxîmas, y en sentimientos! Con la muerte de Felipe el hermoso, adjudicaron la corona á Felipe de Valois, con perjuicio de Eduardo III rey de Inglaterra: mas quisieron condenarse á dos siglos de guerra, que dexarse gobernar por un extrangero: esta noble resolucion fue causa de la gloria, y de la grandeza de la Francia: el Oriflama fué destrozado en los campos de Creci, de Poitiers y de Azincout, mas sus restos triunfaron en fin de la bandera de Eduardo III y de Henrique V; y el grito de *Monjoye Saint Deuis*, ahogó el de todas las facciones. La misma cuestion se presentó á la muerte de Henrique III; el parlamento expidió entónces el famoso edicto á que debemos Henrique IV y Luis XIV. Sin embargo, Eduardo III, Henrique V, el duque de Guisa, el infante de España no eran unos plebeyos: ¡Gran Dios! ¡que es del orgullo de la Francia! Ha reusado tan grandes soberanos, por conservar su raza pura, y francesa, y ha escogido á Buonaparte.

En vano se dirá que Buonaprte no es extrangero. Lo e, á los ojos de toda la Europa, y de todos los franceses sin preocupacion: lo será en el juicio de la posteridad: ella le atribuirá quizas la mejor parte de nuestras victorias, y nos dará una parte de sus crímenes. Buonaparte no tiene nada de frances, ni en sus costumbres, ni en su carácter. Las facciones de su rostro, descubren su orígen. La lengua que aprendió en su cuna, no era la nuestra, y su acento, y su nombre indican su patria. Sus padres han estado de la mitad de su vida, sugetos á la república de Génova. El es mas sincero que sus aduladores: confiesa que no es frances; nos odia, y nos desprecia. Muchas veces se le ha escapado esta expreson — *Asi sois vosotros los franceses.* En nn discurso habló de la Italia como de su patria, y de la Francia como de su conquista. Si Buonaparte es frances, es menester decir que Toussaint-Louserture, lo era tanto y mas que él: pues nació en una antigua colonia francesa, y baxo las leyes francesas; la libertad que habia recibido, le habia devuelto los derechos de vasallo, y de ciudadano. ¡Y un extrangero educado por la caridad de nuestros reyes, ocupa su trono, y arde en sed de derramar su sangre! Nosotros cuidamos de su juventud, y por reconocimiento nos sepulta en un abismo de dolor ¡Justa disposicion de la Providencia! Los galos saquearon á Roma, y los romanos oprimen las Galias; los franceses han asolado muchas veces la Italia, y los Medi-

cis, los Galigai, las Mazarinos, los Buonapartes nos han desolado á nosotros. La Francia, y la Italia debian reconocerse por fin, y renunciar una á otra.

¡Quan dulce será descansar en fin de tanta agitacion, y tanta desgracia baxo la autoridad paterna de nuestro soberano legítimo! Nosotros hemos podido por un momento, avasallarnos á la gloria que Buonaparte debe á nuestras armas: hoy que él mismo se ha despojado de esta gloria, seria demasiado el permanecer esclavo de sus crimenes. Arrojemos este opresor, como todos los otros pueblos lo han arrojado. No se diga de nosotros: ellos han muerto al mejor, y al mas virtuoso de los reyes; nada han hecho por salvar su vida, y hoy sacrificar los restos de la Francia para sostener un extrangero que detestan. ¿Con qué razones justificaria esta Francia infiel su abominable fidelidad? Será menester confesar que los atentados nos gustan, que los crimenes nos encantan, que la tiranía nos conviene. ¡Ah! si las naciones extaangeras cansadas en fin de nuestra obstinacion, consintiesen en dexarnos este insensato, si fueramos bastante viles para comprar con una parte de nuestro territorio, la verguenza de conservar en medio de nosotros el germen de la peste, y el azote de la humanidad, seria preciso huir á los desiertos, mudar de nombre, y de lenguage, procurar olvidar, y hacer olvidar que hemos sido franceses.

Pensemos en la felicidad de nuestra patria comun: pensemos que tenemos en las ma-

nos nuestra suerte: una palabra puede volvernos á la gloria, á la paz, á la estimacion del mundo, ó sepultarnos en la esclavitud mas fatal y mas innoble. Levantemos la monarquía de Clovis, la heredad de San Luis, el patrimonio de Henrique IV. Los Borbones son los únicos que convienen hoy á nuestra situacion infeliz: los solos que pueden cerrar nuestras heridas. La moderacion, la paternidad de sus sentimientos, sus propias advenidades convienen á un reyno agotado, cansado de convulsiones y de desgracias. Todo será legítimo con ellos; todo sin ellos es ilegítimo. Su presencìa hará renacer el órden. Ellos son caballeros bravos é ilustres, tanto y mas franceses que nosotros. Estos señores de las flores de Lis fueron célebres en todos tiempos por su lealtad: tan adictos son á la raiz de nuestras costumbres que parece como que constituyen una parte de la Francia, y su falta seria tan esencial como la del ayre, y la del sol.

Si todo debe pacificarse con ellos, si ellos solos pueden poner termino á esta larga revolucion, la vuelta de Buonaparte nos volveria en males funestos, y en turbaciones infinitas. ¿ Puede la imaginacion mas fecunda representarse lo que seria este monstruoso gigante reducido á estrechos lìmites, sin poder devorar los tesoros del mundo, ni derramar la sangre de la Europa? Figurémosnoslo encerrado en una corte arruinada, y envilecida, exerciendo su rabia en los franceses solos y sus venganzas, y su genio turbulento. Buonaparte no ha mudado, ni mudará ja-

mas. Siempre inventará proyectos, leyes decretos, absurdos contraditorios ó criminales: siempre nos atormentará: siempre hará inciertas nuestras vidas, nuestra libertad, nuestros haberes. Mientras que pueda turbar otra vez el mundo, tratará de alborotar nuestras familias. Esclavos en medio del mundo libre, objeto del menosprecio de los pueblos, el último grado de la desgracia será no sentir nuestra objeccion, y adormecernos como el esclavo del oriente, indiferentes al cordon que el sultan nos enviará para despertarnos. No, no sucederá así: tenemos un príncipe legítimo, nacido de nuesra sangre, educado entre nosotros, que conocemos que nos conoce, que tiene nuestras costumbres, nuestros usos, por el qual hemos rogado á Dios en nuestra juventud, cuyos padres vivieron y murieron con los nuestros. ¿Por qué hemos reducido nuestros antiguos príncipes á ser unos viageros, la Francia será una propiedad abandonada? ¿Ha de pertenecer à un Corso por derecho de ocupacion? ¡Ah! Por Dios no se nos halle en la deslealtad de desheredar á nüestro señor natural para dar su lecho al primero que lo pida. Si nuestros señores legítimos nos faltasen, él último de los franceses seria preferible á Buonaparte para reynar sobre nosotros: á lo menos no tendriamos la verguenza de obedecer á un extrangero.

Me resta que probar, que si el restablecimiento de la casa de Borbon es necesaria á la Francia, no lo es menos á la Europa entera.

DE LOS ALIADOS.

No considerando desde luego sìno las razones particulares, ¿Hay un hombre en el mundo que confie en la palabra de Napoleon? Un punto de su política, una propension de su corazon, es hacer consistir la habilidad en el engaño, mirar la buena fé como una tontería, y señal de un espìritu limitado, burlarse de la santidad de los juramentos. ¿Ha observado uno solo de los tratados que ha hecho con las diversas potencias de Europa? Sus conquistas mas sólidas las ha hecho violando algun artículo de sus tratados, y en plena paz: raras veces ha evacuado una plaza que debia entregar, y aun hoy que está abatido, posee en Alemania algunas fortalezas, fruto de sus rapiñas, y testigos de sus mentiras.

¿Podrá ligarse de modo que no vuelva á empezar sus destrucciones? En vano se procurará debilitarlo desmenbrando la Francia, poniendo guarniciones en las plazas fronterizas durante cierto tiempo, obligándolo á pagar sumas considerables, á tener un exército pequeño, á abolir la conscripcion: todo serà inutl. Buonaparte no ha mudado. La ad-

versidad no puede nada en él, porque no era superior á la fortuna, meditará en secreto su venganza; de repente, despues de uno, ó dos años de reposo, quando se disuelva la coalicion, cuando cada potencia vuelva á entrar en sus estados, nos llamará á las armas, se aprovechará de las generaciones que se hayan formado, arrebatará las plazas, y ese torrente inundará de nuevo la Alemania. Aun hoy dia no habla mas que de ir á quemar á Viena, Berlin y Munich; no puede reducirse á abandonar la presa. ¿Volverán los rusos bastante pronto de las orillas del Boristenes para salvar segunda vez á la Europa? ¿Esta milagrosa coalicion, fruto de veinte y cinco años de sufrimientos, podrá anudarse cuando se hayan roto sus hilos? ¿Nó hallará Buonapare medios de corromper algunos ministros, de seducir algunos príncipes, de despertar zelos antiguos, y aun de poner en sus intereses algunos pueblos bastante ciegos para combatir baxo sus banderas? En fin, los príncipes que reynan hoy dia, reynarán entónces, y esta mudanza en los tronos, no podrá atraer una mudanza en la política? ¿Unas potencias tantas veces engañadas podràn volver de repente á una seguridad que las perderia? ¡Que! ¿olvidaràn ellas el orgullo de este aventurero que las ha tratado con tanta insolencia, que se jactaba de que los reyes venian á su antesala, que mandaba intimar sus órdenes á los soberanos, establecia espias en sus córtes, y decia en alta voz que antes de diez años su dinastia seria la mas antigua

de Europa? ¿Tratarian los reyes con un hombre que les ha prodigado ultrages que un simple particular no sufriria? Una reyna llena de mérito hacía la admiracion de la Europa por su belleza: su valor, y sus virtudes: él ha precipitado su muerte con los ultrages mas viles y groseros. La santidad de los reyes y decencia, me impiden el repetir las calumnias: las groserias, las chanzas chocarreras que sucesivamente prodigaba á estos reyes, y á estos ministros que hoy le dictan leyes en su palacio. Si las potencias desprecian personalmente estos ultrages, no deben, ni pueden despreciarlos por el interes y la magestad de los tronos: deben hacerse respetables á los pueblos; romper en fin el acero del usurpador, y deshonrar para siempre este derecho abominable de la fuerza sobre el qual Buonaparte fundaba su orgullo y su imperio.

Despues de estas consideraciones particulares, otras se presentan de una naturaleza mas elevada, y que deberian determinar por si solas á las potencias coalisadas á no reconacer á Buonaparte por soberano.

Importa al reposo de los pueblos, á la seguridad de las coronas, á la vida, á la familia de los soberanos, que un hombre salido de las clases inferiores de la sociedad, no puede impugnemente sentarse en el trono de su señor, colocarse entre los soberanos legítimos, tratarlos de hermanos, y hallar en las revoluciones que lo han elevado bastante fuerza para balancear los derechos de la legitimidad. Si una vez se da este exemplo al

mundo, ningun monarca puede contar con su corona. Si el trono de Clovis, puede en plena civilizacion pertenecer á un corso, mientras que los hijos de San Luis bagan por la tierra, ningun rey puede estar hoy seguro que reynará mañana. Todas las monarquías de Europa son casi hijas de las mismas costumbres, y de los mismos tiempos, todos los reyes son realmente hermanos unidos por la religion cristiana, y la antigüedad de los recuerdos. Roto una vez este grande y hermoso sistema, sentadas nuevas familias sobre los tronos en que harán reynar otras costumbres, otros principios, otras ideas; acabóse la antigua Europa, y en el curso de algunos años una revolucion general habrá mudado la sucesion de todos los reyes. Estos deben pues tomar la defensa de la casa de Borbon, como la de sus propias familias. Lo que es verdadero en las relaciones monárquicas, lo es tambien en las naturales. No hay un rey en Europa que no tenga sangre de los Borbones en sus venas, y que no deba ser en ellos ilustres y desventurados parientes. Demasiado han aprehendido los pueblos á conmover los tronos. Ahora los reyes deben enseñarles que si los tronos pueden ser conmovidos, jamas pueden ser aniquilados, que por fortuna las coronas no dependen del exîto del crimen, ni de los juegos de la fortuna.

Importa tambien á la Europa civilizada, que la Francia que es como el alma y corazon de ella por su genio y su posicion, sea dichosa, floreciente, y pacífica: y no puede serlo

sino con sus reyes antiguos. Qualquier otro gobierno prolongaria entre nosotros estas convulsiones que se dexan sentir en las extremidades del mundo. Los Borbones por la magestad de su estirpe, por la legitimidad de sus derechos, por la moderacion de su caracter, ofrecen una responsabilidad suficiente de los tratados, y cerrarán las heridas del mundo.

Baxo el reynado de los tiranos, todas las leyes morales estan como suspendidas, del mismo modo que en Inglaterra, en los tiempos de alboroto se suspende el acta sobre la que estriba la libertad de los ciudadanos. Cada cual sabe que no obra bien, que va por un mal camino; pero todos se someten y se prestan á la opresion. El vicio se convierte en una especie de falsa conciencia: obsérvanse escrupulosamente las ordenes mas opuestas á la justicia. No hay otra escusa sino que vendràn dias mejores, y que la virtud y la libertad recobrarán sus derechos; que es forzoso pasar aquel tiempo de iniquidades, como se pasa una calamidad. Mas entre tanto el tirano hace cuanto gusta; es obedecido; puede arrastrar todo un pueblo á la guerra, oprimirlo, pedirle todo sin que se le niegue nada. Con un príncipe legítimo esto es imposible, baxo un cetro legal, todo el mundo goza de sus derechos naturales, y exerce sus virtudes. Si el rey quisiera pasar los límites de su poder, hallaria obstáculos por todas partes, todos los cuerpos hablarian, todos los individuos hablarian, tendria en contra suya la razon, la conciencia, la libertad. He aquí porque, Si Buo-

naparte permanece dueño de un solo pueblo en Francia, es mas de temer para la Europa, que los Borbones con la Francia hasta el Rhin.

En fin ¿ pueden dudar los reyes de la opinion de la Francia? ¿Créen que les hubiera sido tan fàcil llegar al Louvre, si los franceses no hubieran esperado en ellos sus libertadores? ¿Nó han visto en todas las ciudades en que han entrado señales manifiesta de esta esperanza? ¿Qué se oye en Francia hace seis meses sino estas palabras? ¿Han venido los Borbones? ¿A donde estan los príncipes? ¡Ah si se viera una bandera blanca! Por otra parte el horror del usurpador está en todos los corazones. Inspira tanto odio, que ha contrapesado en un pueblo guerrero lo que hay de duro en la presencia del enemigo, y se ha preferido una invasion momentanea á la perspectiva de conservar toda la vida à Buonaparte. Si han lidiado los exércitos, admiremos su valor, y deploremos sus desgracias: ellos detestan al tirano tanto, y mas que el resto de los franceses, pero han hecho un juramento, y los granaderos mueren vìctima de su palabra. La vista del estandarte militar inspira fidelidad; desde nuestros padres los francos hasta nosotros, nuestros soldados han hecho un pacto santo, y se han casado, por decirlo asi, con sus aceros. No tomemos pues el sacrificio del honor, por amor á la esclavitud: nuestros guerreros solo aguardan que se les suelte su palabra. Reconozcan los franceses, y los aliados á los prín-

cipes legítimos, y al instante el exército, li-
bre de su juramento, se colocará baxo el
estandarte sin mancha, testigo muchas veces
de nuestros triunfos, algunas veces de nues-
tros reveses, siempre de nuestro valor, nun-
ca de nuestra vergüenza.

Los reyes aliados no encontrarán ningun
obstáculo á sus designios, si quieren seguir el
único partido que puede asegurar el reposo
de la Francia, y el de la Europa. Deben
estar satisfechos del triunfo de sus armas. No-
sotros los franceses no debemos considerar es-
tos triunfos sino como una leccion de la Pro-
videncia, que nos castiga sin humillarnos. Po-
demos decir con seguridad, que lo que hu-
biera sido imposible en tiempo de nuestros
príncipes legítimos, no podia verificarse sino
en el reynado de un aventurero. Los reyes
aliados deben de ahora en adelante aspirar á
una gloria mas sólida y mas durable. Vayan
con sus guardias á la plaza de nuestra revo-
lucion, hagan celebrar una pompa fúnebre en
el sitio mismo en que cayeron las cabezas de
Luis, y de María Antonia; este consejo de
reyes, con la mano en el altar, en medio del
pueblo frances arrodillado, y lloroso reconoz-
ca á Luis XVIII por rey de Francia; entón-
ces ofrecerán al mundo el mayor espectácu-
lo que jamas ha visto, y se cubrirán de una
gloria que los siglos no podrán borrar.

Pero ya una parte de estos sucesos, se cum-
ple. Los milágros han producido milágros. Pa-
rís como Atenas ha visto entrar en sus mu-
ros, extrangeros que la han respetado, en me-

moria de su gloria, y de sus hombres grandes. Ochenta mil soldados vencedores, han dormido junto á nuestros ciudadanos, sin turbar su sueño, sin cometer la menor violencia, sin entonar un canto de triunfo. Son libertadores y no conquistadores. ¡Honor inmortal á los soberanos que han podido dar al mundo semejante exemplo de la moderacion en la victorìa! (f) ¡De cuantas injurias podian vengarse! Pero no han confundido á los franceses con el tirano que los oprime: por esto han recogido ya el fruto de su magnanimidad. Los habitantes de Parìs los han recibido como verdaderos monarcas, como príncipes franceses, como Borbones. En breve veremos á los descendientes de Henrique IV: Alexandro nos lo ha prometido: bien se acuerda de que el contrato matrimonial del duque, y de la duquesa de Angulema está depositado en los archivos de la Rusia. El nos ha guardado fielmente el último acto de nuestro gobierno legítimo, nos ha trahido este documento para el tesoro de nuestras actas en que conservaremos la relacion de su entrada en París, como uno de los mayores y mas gloriosos monumentos de la historia.

No separemos de los dos soberanos que estan hoy entre nosotros, aquel otro que hace á la causa de los reyes, y al reposo de los pueblos, el mayor de los sacrificios. Como monarca, y como padre hallará la recompensa de sus virtudes en la ternura, el reconocimiento y la admiracion de los franceses.

¡Franceses! amigos compañeros de infortu-

nio, olvidemos nuestras querellas, nuestros odios, nuestros errores, para salvar la patria: abrazemosnos sobre las ruinas de nuestro amado pais, y llamando á nuestro socorro el heredero de Henrique IV, y de Luis XIV, venga á enjugar los lloros de sus hijos, á volvernos la felicidad, y á echar caritativamente sobre nuestras heridas el manto de San Luis medio destrozado por nuestras manos.

Pensemos que todos los males que experimentamos, la pérdida de nuestros bienes, de nuestros exércitos, de nuestra libertad, las desgracias de la invasion, la muerte de nuestros hijos, la turbacion, y la descomposicion de toda la Francia, son obra de un hombre solo; y que á un solo hombre deberemos todos los bienes contrarios. Hagamos pues oir en todas partes el grito que puede salvarnos, el grito que nuestros padres hacian resonar en la desgracia, y en la victoria, y que será para nosotros la señal de la paz, y de la dicha.

VIVA EL REY.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

(*a*) De todos los ramos de la literatura, ninguno se habia envilecido tanto como la historia. Una produccion de este género que recordase á la Francia los derechos de la casa de Borbon, era castigada como un crímen. Tal fue la suerte de Mr. Alexandro Beauchamp, autor de una historia de la guerra de la Vendee, y de otros muchas ilustres víctimas. Otros muchos escritores se han consagrado á la verdad, y jamas han ofrecido un incienso vil al ídolo; antes bien sin chocar abiertamente con la autoridad, procuraban sacar del olvido los principios de la sana política. Tales han sido el diarista Dussault, de Bonnald autor de la Legislacion primitiva, Ferrand que lo fue del Espíritu de la Historia, y mas que todos el célebre abate de Boulogne, uno de los hombres que con mas sangre fria han arrostrado las amenazas y los castigos.

(*b*) La conducta del cuerpo legislativo en la ùltima época de la tirania, merece los mayores elogios. El discurso pronunciado por Mr. Lainez, uno de sus miembros, es un modelo de la elocuencia enérgica y valerosa. El presidente lo interrumpió diciendo que aquel lenguage era inconstitucional: aquí no hay nada inconstitucional sino vos, repuso el orador. El presidente abandonó su puesto, y corrió á las Tullerias à dar cuenta á Napoleon de la tormenta que se preparaba. Como la noche se acercaba, Napoleon mandó llamar á todos los porteros del cuerpo á fin de que no hubiese quien diese luces á los legisladores, y así fue como la asamblea se disolvió. Desde entónces el tirano los miraba con ódio. La primera vez que pareció entre ellos, empezó su discurso con esta extraña proposicion. Vous m' avez barbouille' à la face de l' Europe. El dia de año nuevo, cuando los legisladores fueron segun costumbre à cumplimentarlo, se presentó cubierto

de sudor. ¿Veis este sudor? (les dixó): vosotros me lo haceis verter. Mas quisiera batirme diez veces en las llanuras de la Champaña, que veros en mi presencia.

(*c*) No es la primera vez que el autor habla con aprecío de los españoles. En el capítulo sobre los caracteres nacionales en el inmortal Genio del Cristianismo, se halla en bosquejo la historia profetica de nuestra lucha gloriosa. En la obrita que citamos en el prefacio, se dice: „La tierra de España produce naturalmente los corazones generosos" y mas arriba: „La hermosa España ha conservado el honor y la fé, aun despues que la prosperidad ha desaparecido."

(*d*) Cuando nació Buonaparte, la Córcega no era todavía una propiedad francesa, por esto quiso rejuvenecerse y fixar una época posterior de su nacimiento. El diario de los debates dió cuenta de semejante superchería en estos términos: uno de los rasgos distintivos del carácter de Buonaparte era el odio de la verdad que era tan enérgico en él como el que profesaba á la humanidad entera. La mentira era una produccion espontánea en su boca. Todos los almanaques, todas las guias de forasteros han anunciado como dia de su nacimiento el 15 de agósto de 1769, y en el registro segundo del ayuntamiento del segundo *arrondissement* de Páris núm. 290, con fecha de 19 ventoso año 4, se encuentra la fe de casamiento civil de Napolione Buonaparte con Maria Josefina Rosa de Tascher viuda de Mr. Beauharnois: en este acto se hace mencion de la Fe de bautismo del dicho Napolione de la que resulta que nació el 5 de febrero de 1768 de Cárlos Buonaparte y de Laetitia Ramolini. De este documento se infiere que su hermano José se ha quitado á lo ménos un año de edad, porque no es posible que haya nacido, como dicen los almanaques, el 7 de enero de 1768.

(*e*) Pongamos en contraste con esta magnífica pintura digna de la pluma de Tácito, la que escribia hace 200 años, el célebre Balzac. Aquí hallaremos ademas de la valentia del estilo, el mérito de una extraña prediccion. „Juzgar (dice) del mérito de los planes, por la buena fortuna de los sucesos, es el modo de hacer muchas injusticias. No nos dexemos deslumbrar por los resultados felices: lo que los griegos, los romanos, y aun nosotros mismos hemos llamado prudencia admirable, no es mas

que una dichosa temeridad. Ha habido hombres, cuya vida ha sido una serie de milagros, aunque ni eran santos, ni tenian intencion de serlo. El cielo bendecia todas sus faltas, el cielo coronaba todas sus locuras. Este hombre fatal debia perecer por sus mismas empresas; pero Dios quiso servirse de él para castigar el género humano y afligir el mundo. La justicia de Dios queria vengarse y este hombre fue escogido para ministro de su venganza. La razon pedia que cayese por las máxîmas que habia seguido; pero ha permanecido largo tiempo sostenido por una razon mas alta. Una fuerza extraña, una fuerza que no era suya lo ha afirmado en su poder: fuerza que apoya la debilidad, que detiene la caida de los que se precipitan, que no necesita de buenas máxîmas para producir buenos sucesos. Este hombre ha durado para trabajar en los designios de la Providencia: Creia exercer su pasion y executaba los decretos del cielo. Antes de perderse ha perdido los pueblos y los estados, ha incendiado la tierra, ha corrompido la época presente y el porvenir, por los males que ha hecho, y por los exemplos que ha dexado. Un poco de ingenio, y mucha autoridad, es lo que ha gobernado casi siempre al mundo, unas veces con buen éxito, otras sin él, segun el carácter del siglo, segun la disposicion de los espíritus.

Pero siempre se viene á parar en este principio: hay alguna cosa divina, ó mas bien, todo es divino en las dolencias que afligen à los estados. Estas disposiciones, este humor, esta fiebre ardiente de rebelion, este letargo de la servidumbre, vienen de mas arriba de lo que se cree. Dios es el poeta, y los hombres no son mas que actores.

Estos grandes dramas que se representan en la tierra, se han compuesto en el cielo; un pícaro es muchas veces quien debe hacer de Atreo ó de Agamenón. Cuando la Providencia tiene un gran designio, poco le importan los instrumentos; en sus manos todo es rayo, tempestad, diluvio, todo es César ó Alexandro. El mismo Dios, hablando de estas gentes, dice que las envia en su cólera, y que son las varas de su furor; pero no nos engañemos, las varas no hieren por sí solas, la envidia, la cólera, el furor, son los que las hacen formidables; esta mano invisible dá los golpes que se sienten en el mundo: por parte del hombre hay una cierta osadia que amenaza; pero la fuerza que oprime es toda de Dios.

(*f*) La célebre madama de Genlis, hablando de la conducta de los monarcas aliados, dice: exemplo único y que hace brillar la gloria verdadera en todo su explendor, manifestando el poder baxo los rasgos divinos de una bondad angélica y de la mas sublime generosidad, exemplo en fin que parece fixar el punto mas perfecto de la civilizacion; puesto que es imposible ver una delicadeza mas ingeniosa, ni subir á un grado mas alto de virtud.

FE DE ERRATAS.

Pág. 4 línea 20, *divenciado* léase *divinizado*: pág. 12, l. 20 y 21, *el mal que no ha hecho* léase *el bien que no ha hecho*: pág. 15, l. 5, *veneno* léase *venero*: pág. id. l. 29, *solemne* léase *que no tienen*: pag. 21, l. 5, *combinaciones*, léase *con combinaciones*: pag, 24 l. 13, *corto*, léase *corte*: pag. 50 l. 11, *es* léase *en*: pag. 59 l. 23 *ser* léase *ver*.